

Prólogo

El reloj marcaba las 21:47 cuando Natasha Kovačević cerró el último informe del día. Las oficinas principales de la Agencia, en Praga, estaban casi vacías; solo quedaban encendidos los ascensores y el zumbido constante del sistema de ventilación. Afuera la lluvia caía en diagonal sobre los ventanales, difuminando las luces de la ciudad.

Hacía tres años que Natasha dirigía la Agencia. Había aprendido a convivir con el silencio de los pasillos, con las decisiones que no se comentan y los expedientes que nunca se cierran. La rutina administrativa había reemplazado la emoción de lo operativo. A veces lo extrañaba y a veces no. A esa hora solo quedaban los equipos de guardia y un analista joven que revisaba imágenes en la sala contigua. Entonces encendió la cafetera y esperó sin apuro. Mientras el agua hervía, repasó mentalmente los pendientes del día siguiente: dos reuniones con Defensa, un informe de cooperación con alguna embajada y una reunión discreta con un senador. La vida de oficina, pensó, tiene un ritmo más predecible que el terreno, pero también es más solitaria. Sobre el escritorio quedaban carpetas viejas, con sellos descoloridos y esquinas gastadas. Algunos nombres ya no significaban nada; otros seguían pesando igual que entonces. Entre ellas, había una que nunca había querido volver a abrir. Tomó la carpeta con cautela. Adentro había fotografías borrosas, transcripciones de campo y una grabación sin fecha. En la etiqueta, escrita a mano, se leía: “Adler, N. / Caso Beta A-9”.

Natasha se quedó quieta, mirando la hoja superior sin leerla. Habían pasado más de diez años desde el cierre de aquella operación y, aun así, el nombre seguía ahí, intacto. No era un caso más. Era el punto de quiebre entre lo que fueron y lo que la Agencia nunca volvió a ser. Durante años evitó ese archivo. Lo había visto circular entre manos ajenas, archivado y desarchivado según los cambios de dirección, pero nunca lo había abierto. Hasta esa noche. El reloj volvió a marcar los segundos con un tictac seco, mientras ella encendía una lámpara. El reflejo del vidrio le devolvió su propio rostro: el de una mujer distinta, más contenida, más cansada. Había visto demasiado.

Revisó las primeras páginas. Había un informe médico, un registro de coordenadas, un nombre tachado en tinta negra. En una de las hojas una frase escrita al margen en una letra que reconoció al instante: “No hubo error. Todo ocurrió según el plan”. Volvió a apoyar la espalda en la silla. Sabía que no encontraría respuestas nuevas, solo fragmentos, voces y vacíos.

Permaneció así unos segundos, mirando el expediente abierto, hasta que entendió que algunas historias no terminan, solo dejan de contarse.

En algún lugar desconocido.

Fue el agua helada, golpeando su torso como una descarga eléctrica, lo que lo sacó de la oscuridad de la inconsciencia. El mundo volvía a él en fragmentos desordenados: una luz tenue, el olor a óxido, el crujido de una silla. ¿Dónde estaba? ¿Cómo había llegado ahí?

Neil Adler parpadeó con dificultad. Dos hombres lo observaban en silencio, inmóviles como estatuas de piedra. El primero era bajo, delgado, con un bigote cuidadosamente recortado que parecía dibujado sobre su rostro. Su postura era rígida, casi teatral, más imitación de autoridad que autoridad real. Llevaba un abrigo militar oscuro con galones que centelleaban al ritmo de la ampolleta que colgaba desde el techo. Una delgada capa de nieve cubría sus hombros. Caminó alrededor de la habitación, mirándolo con intensidad, evaluando cada movimiento. Cada paso que daba sonaba demasiado preciso, demasiado perfecto.

Sintió que su corazón se aceleraba, aunque no lograba decidir si era por frío o por miedo. La mandíbula tensa, los pómulos marcados por la sombra de una barba de días y la frente surcada por una línea permanente de alerta reforzaban la dureza de su expresión. El cabello rubio oscuro, revuelto, caía sobre unos ojos azules fijos y duros. Una idea entonces cruzó por la mente de Neil con claridad: ¿lo habrían trasladado al sur? ¿Al hemisferio opuesto, donde era invierno? Pero esa pregunta traía otra aún más inquietante: ¿cuánto tiempo había pasado? ¿Días? ¿Semanas? Lo último que recordaba era una aguja pinchando su cuello. Luego, un silencio largo y, al final, solo oscuridad.

Intentó identificar el uniforme del hombre del bigote. Lo estudió como quien revisa un documento leído una y otra vez en busca de errores. Había algo extraño en la escena. El hombre lo observaba con una frialdad tan exacta que parecía ensayada. El segundo hombre era alto y corpulento. Tenía la camisa arremangada, un cuchillo al cinto y las botas manchadas de barro. En su mano izquierda sostenía un balde, como un actor que entra en escena con su utilería. Lo miraba sin expresión, sin prisa.

Neil estaba sentado. Amarrado de pies y manos. Giró el cuello hacia un lado, liberando una tensión que no sabía que cargaba. El movimiento le permitió observar el lugar: cuatro paredes húmedas, sin ventanas. El aire de encierro era denso, cargado, y le revolvió el estómago. Distinguió una tubería en la esquina, delgada y oxidada, que goteaba con regularidad. Cada gota era una cuenta regresiva. Frente a él se alzaba

una puerta de acero: sin duda la única salida. Estaba abollada, cubierta de costras de óxido, con una cerradura provista de un panel numérico tosco.

Aunque Neil aún no lo supiera, lo tenían amarrado no por seguridad, no para obtener respuestas. Lo habían atado para observar. Cada pausa, cada golpe, cada palabra cuidadosamente seleccionada tenía un propósito.

—¿Cómo te sientes, Adler? —preguntó el hombre del bigote. Su voz era grave y áspera. Mucho más de lo que Neil habría esperado para un hombre de esa contextura.

El acento. Un español torpe, deformado, con consonantes que chocaban unas contra otras. Algo se encendió en la mente de Neil: el nombre de un lugar. Pero enseguida lo contuvo; hasta entonces no había sido más que un rumor. Lo había escuchado antes, en pasillos, en informes clasificados, en carpetas selladas con sellos rojos. Hablaban de esa instalación como de un mito maldito. Nadie que hubiese estado ahí regresaba. Y los pocos que volvían... no eran los mismos. Si salgo de esta, pensó, voy a tener una buena conversación con Natasha. Luego visualizó nítidamente a Natasha: su voz tranquila, las decisiones rápidas, esa forma de mantenerse firme en medio del caos. A veces pensaba que ella era la única constante. La única línea recta en un mundo torcido.

—Tanto esfuerzo para esto. ¿Esto es lo mejor que había disponible? —dijo el hombre del bigote, con una sonrisa leve, sin emoción.

Neil levantó la mirada. No sabía dónde estaba, ni por qué, ni qué día era, pero lo que le había enseñado su entrenamiento era que tenía que seguir el juego.

—Pensé que esto iba a ser más interesante —dijo Neil con una sonrisa burlona.

El golpe llegó como un trueno. Lo lanzó hacia un costado. La mandíbula vibró con un zumbido sordo. El hombre corpulento tenía una fuerza brutal.

—¿Esto es lo que mandaron? Pensé que tendrías algo más que ofrecer, Adler.

Neil le escupió sangre con saliva en la cara, con la actitud de quien no tiene nada que perder. El segundo golpe fue más preciso. Al estómago. El aire se fue, dejando un vacío áspero en el pecho. El hombre sacó un pañuelo blanco y se limpió con lentitud. No parecía molesto. Solo cumplía su parte.

—Interesante. Resistencia alta a estímulo físico —dijo en un murmullo para sí—. Probemos de nuevo —le dijo al hombre corpulento, quien sin dudar le propinó un golpe a la sien seco y certero.

Neil cayó hacia atrás con la silla. Escuchó un crujido: una de las patas de madera se había soltado. Supo que tal vez tendría una oportunidad. El corpulento lo levantó de un solo tirón y lo sentó de nuevo. La silla temblaba, asimétrica.

—Tu umbral de dolor aún tiene margen. Vamos a seguir —dijo el hombre del bigote, con afecto teatral—. Mi amigo aquí presente tiene un don particular para hacer sentir mal a la gente. Y, como habrás notado, eres nuestro único invitado.

—¿Qué hora es? —preguntó Neil.

No era una pregunta real. Solo lo preguntó para medir la reacción. Era una provocación, un golpe calculado. El hombre de uniforme frunció el ceño.

—Eso no es relevante, dada tu situación —dijo con una sonrisa.

—Tal vez no para mí —respondió—. Pero para ustedes... podría ser más importante de lo que creen.

El hombre del bigote parpadeó. El control empezaba a escurrírsele entre los dedos. Neil lo notó. Siempre había sido bueno leyendo rostros.

—¿Por qué sería importante para mí? —gruñó el hombre—. Mi única preocupación es asegurarme de que te golpeen hasta que colapses.

—Porque, dependiendo de la hora... sabrás cuánto te queda. A ti. Y al gorila —dijo Neil.

Neil sabía que era una amenaza improvisada, tal vez inútil. Pero surtió efecto. El corpulento bajó la vista, preocupado. Y el hombre del bigote, aunque rápido en cubrirse con una carcajada breve y seca, no borró del todo el leve destello de inquietud que se cruzó por sus ojos. La risa fue forzada. Un acto reflejo. Casi un escudo.

—En todos los años de mi carrera profesional —hizo comillas en el aire—, nunca...

Y se detuvo. Desde afuera llegó un sonido leve, un chirrido, seguido de un eco que pareció rebotar por las paredes.

—Continúe, soldado —ordenó el del bigote, sin mirarlo siquiera.

Luego se dirigió a la puerta de acero y marcó algo en el panel numérico. Cuatro dígitos. Neil no alcanzó a verlos, pero escuchó un clic. La puerta se cerró tras él con un golpe que selló el aire en la habitación. El hombre corpulento sonrió, pero era una sonrisa sin alegría, sádica.

—Ahora empieza la diversión.

Neil detectó en su voz el mismo acento deformado que en el del hombre del bigote. Había una cadencia extraña, una consonante arrastrada que le resultaba inquietantemente familiar. Cada palabra confirmaba su sospecha: estaba ahí. En ese lugar del que todos hablaban en susurros y del cual nadie tenía la información completa. Pero lo que realmente lo inquietaba no era el lugar, sino la organización que lo controlaba y la posibilidad de que su existencia nunca hubiese sido un simple rumor.